

Un desengaño

He oído recientemente a varias personas con cargos directivos en asociaciones quejarse de lo mal que son tratados por una gran parte de la masa social a la que sirven. Son hombres y mujeres que le echan muchas horas a una afición que es también la afición de otros, que le quitan tiempo a su familia, a su trabajo y a su descanso para dedicárselo a una actividad cuyo resultado es un beneficio tanto para ellos como –sobre todo– para otros, que sufren en silencio la adversidad del grupo y suelen poner dinero de su bolsillo, avalando en no pocas ocasiones el futuro del club con su coche o con su casa, a veces incluso a espaldas de su pareja.

Tenemos la idea de que todo el que asume una responsabilidad en una asociación es por el afán incontrolado de aparentar y de sobresalir, y creemos que con esa pequeña vanidad se paga todo el trabajo que desempeñan, como creemos que el pagar una entrada da derecho a la masa a la más implacable de las críticas, cuando no a una feroz persecución (no pocas veces –sin pensarlo– ponemos como referencia a los grandes clubes de fútbol, cuyos presidentes son por lo general empresarios que buscan el reconocimiento social asumiendo un cargo sobre el que están puestos los focos de los medios de comunicación nacionales e internacionales).

Los que demuestran más incompreensión suelen ser lo más preparados, o al menos los que se sienten más capaces y cuentan entre los socios con cierto respaldo, aquéllos que cuando llegan las elecciones reciben palmaditas en la espalda y se dejan querer pero nunca se atreven a dar el paso, y no por las razones que se dan para justificarse (las equivalentes en política serían que todo en política es una mierda), sino por comodidad y por cobardía. Otras veces la incompreensión viene de los que se han ido, de los que fueron directivos y han dejado de serlo, quizá porque no pudieron aguantar más la presión de unos socios insaciables. Es

producto de esa tonta idea de creernos imprescindibles. No sólo suele darnos coraje que alguien detrás de nosotros lo haga mejor que nosotros, sino que nos alegra que cuando nosotros nos vamos las cosas vayan a peor, porque así parece que nos elevamos y que en la pequeña historia del club nuestro trabajo será más valorado.

Es estúpido pensar que la masa social se equivoca: la que se equivoca siempre es la directiva, que es la que toma las decisiones, por eso también es la que acierta. Pero las miserias suelen venir más de la masa social que de la directiva. Cuando los resultados no acompañan a un club deportivo –por ejemplo–, si la masa social responde dándose de baja en el club, es que la masa social no está compuesta por aficionados, sino por oportunistas, que seguramente fueron y seguirán siendo los más críticos.

Es la masa social, no la directiva, la que hace grande a una asociación. Cuando una asociación sólo depende del trabajo bien hecho de una directiva, está condenada a desaparecer con la desaparición de esa directiva. Una masa social unida, que ampare a su directiva y la critique con respeto y espíritu constructivo, con mucha gente dispuesta a involucrarse de verdad en la marcha del grupo, es fundamental no sólo para el futuro, sino para la propia existencia de la asociación.

Juan Bosco Castilla